

ordenó que introdujese á la visita anunciada.

VI.

—Señora condesa, á vuestros pies.

—¿Puedo saber, señor general, qué motivo me proporciona el honor de veros hoy por mi casa? dijo Eleonora, sin moverse de la postura voluptuosa en que se había colocado.

—Siempre tengo algún motivo para veros, Eleonora, respondió el general tomando una silla y sentándose frente de la condesa; en primer lugar, admirar vuestra hermosura, que es mayor ahora que cuando la cedisteis al soldado que venía cubierto de gloria del sitio de Zaragoza; y en segundo, preguntaros si habéis podido indagar de la suerte de esa pobre criatura que arrojásteis al mundo.

—Siempre destilan acíbar y venganza vuestras palabras, general. ¿No os habéis cansado de martirizarme? Catorce años hace que nos volvimos á ver después de la época fatal de nuestros amores, y día por día con pocas interrupciones, me habéis hecho esa misma pregunta.

—Con efecto, tiene algo de extraño. Yo soldado, rudo, criado entre los combates y la pólvora, debía haber olvidado enteramente á mi hija; mientras que vos, dama

hermosa, reclinada en vuestras otomanas de tisú, y respirando los aromas de los naranjos y pebetes, debíais haber tenido presente á todas horas, que la pobre criatura que arrojásteis de vuestra casa, acaso mendiga ahora un pedazo de pan; acaso su miseria la ha puesto en la carrera de la prostitución. Ved los fenómenos que nos presenta el mundo. Al través del corazón encallecido del soldado, penetra un sentimiento tierno y sublime de amor paternal, y el corazón delicado y suave de una gran señora, no tiene un lugar para el recuerdo de su hija. Esto es muy criminal, señora, y la indiferencia con que escucháis mis preguntas, y las ningunas diligencias que practicáis para averiguar la suerte de esa inocente, me exaltan hasta el grado de que el día menos pensado os arrancaré esa máscara de santidad con que aparecéis á la vista del mundo, y proclamaré no sólo que habéis tenido una hija, sino que. . . .

—Piedad, Bernardes, piedad. ¿Por qué empeñarse en acibarar mi vida? ¿Por qué inflamar una llaga dolorosa y siempre abierta en mi corazón? Soy madre, y daría mis tesoros, mis joyas, mis castillos, por encontrar á mi pobre niña, besar una vez su frente, y morir en seguida; pero vos tuvisteis la culpa, hubiérais ocurrido aquella noche á la cita, la niña estaría hoy en vuestro poder.

—A la hora de la cita estaba yo tendido, nadando en sangre, casi moribundo. . . .

—¿Es posible? y no me lo habiais contado.

—Vuestro padre me desafió, yo no admití, me llenó de insultos, y los sufrí; saco la espada y la hundió en mi costado, y yo no exhalé una queja, porque prefería la muerte antes que ofender al padre de Eleonora. Mientras esto pasaba, Eleonora, mujer sin valor, sin energía, sin sentimientos de madre, enviaba á la hija que acababa de dar á luz, á sépalo Dios. Es menester olvidar estos acontecimientos. Hablemos de otra cosa, señora condesa.

—Como gustéis, respondió en voz baja Eleonora.

—Será bueno que os diga, condesa, que una vez perdida la esperanza de encontrar á mi hija, ha necesitado mi corazón amar, distraerme, gozar, aunque sean placeres ilícitos, porque quiero aún, á costa de mi felicidad eterna, sacudir este peso que agobia mi vida, arrojar de mi corazón un dolor sordo que hace verter lágrimas á mis ojos, á todas las horas del día. Ya sabéis lo que es esto, Eleonora: un amor malogrado; una hija perdida.

—Por piedad, general.

—Vamos, condesa, os hablaré de cosas más alegres, puesto que tanto os contristan esos recuerdos. Sabed, pues, que hace días

que tengo la idea de llevarme á vivir á una de mis casas de campo, á esa pequeña bailarina tan graciosa que llaman María Paquita.

—Y bien, general, ¿qué tengo yo que ver con esos caprichos? Haced lo que queráis.

—Allá vamos. Necesito que vos me entreguéis á esa joven.

—¡Yo! exclamó colérica Eleonora.

—Vos, condesa, y de una manera muy sencilla. Salid vos un día de vuestra casa, y decid á vuestra doncella Isabela, que convide á su amiguita María á pasar el día con ella; entonces yo vendré y todo se hará.

—Eso es una infamia, general; y ya que tanto me habéis atormentado, no me afrentéis con tanta desvergüenza. Salid de mi casa, general.

—Calma, Eleonora, calma. Aprended á sufrir de mí, que dieciseis años llevo de guardar nuestro secreto, y merced á él aparecéis casta, pura y santa á los ojos del mundo. Aprended de mí, que no os paré el corazón cuando lo entregásteis á otro amante. . . . Os digo, que mando que hagáis lo que llevo dicho, continuó el general con voz enérgica, ó de lo contrario. . . .

—Jamás lo haré. Obrad como os parezca.

—Veo que es necesario desistir de mi idea, repuso el general, y estáis hoy intratable. Apropósito, ¿cuándo os casáis?

—Dentro de ocho días, contestó secamente la condesa.

—Me temo que no sea así.

—¿Por qué lo decís?

—¡Friolera! Vuestro futuro esposo está enamorado como un Orlando, de esa miniatura de María, y á fe que tiene razón.

—¡Enamorado!... Eso es mentira, replicó Eleonora dejando ver en sus labios su amarga sonrisa.

—Podrá ser; pero yo lo he visto salir tres días consecutivos de la casa de María.

—¿De veras?

—Figuraos si un amante como yo, no expiará los pasos de su rival. Os digo que tres días consecutivos lo he visto salir de la casa.

—¡Oh! mi orgullo se ofende mucho de esa preferencia, general.

—¡Oh! Y el mio también, condesa.

—Es una vergüenza que una condesa se vea despreciada y olvidada por una aventurera, por una cómica.

—Es una vergüenza que un general que cayó bajo los escombros de Zaragoza, se vea suplantado por un Marica barbi-lampiño.

—Verdaderamente estoy por decir que tengo celos, general.

—¡Oh! yo rabio, condesa; también tengo celos.

—Esa mujer me humilla, dijo la condesa.

—Ese hombre me pone fuera de sí, replicó el general.

—Es una infame esa mujer.

—Es un malvado ese hombre.

Hubo un rato de silencio.....

El general tomó su sombrero y dijo á la condesa:

—¿Conque no aceptáis lo que os propongo?

—Todo estará dispuesto, respondió Eleonora. Venid mañana á medio día.

—Adiós, condesa.

—Adiós, general, contestó Eleonora, dejando asomar su amarga sonrisa.

VII.

—Vamos, Fernando, levanta esos ojos, alégrate y ríe, y canta como lo hace tu amigo.

—Suona la tromba, etc.

¡Hola! traigannos una botella de Málaga, unos salchichones, unos buenos trozos de queso, cualquier cosa. ¡Canario! llevo catorce horas de correr á todo galope sin probar bocado, sólo por anunciarte que en esta tarde llega tu familia, y que pasado mañana serás el esposo de la hermosa Eleonora.

Fernando levantó la cabeza que tenía apoyada en una mano, y miró al interlocutor, que era un joven de regular figura, y que vestía traje de camino.

—Y bien, Fernando, ¿qué dices de esto?

—Precisamente me recuerdas un asunto que tenía olvidado.

—¿Olvidado! ¿Y por qué?

—Porque no puedo absolutamente casarme con Eleonora.

—¿Has hecho algún voto monástico... ó el romanticismo y la locura te han asaltado?

—Ni lo uno, ni lo otro.

—Entonces...

—Es un asunto muy sencillo. Caminando una vez de Granada á Sevilla, paré en un mesón donde lo hacía también la diligencia.

—¿Vamos! aventura tenemos, asunto sentimental para que García Gutiérrez haga otra Magdalena (I); pero es menester remojarnos la boca, y el vino ha llegado á tiempo.

Un criado se presentó con un par de botellas de vino, unas copas, y algunos salchichones y fiambres.

—A la salud de tu futura, Fernando. Ahora prosigue.

—Eres un loco de atar, Miguel, y te perdono tus sarcasmos, porque sé que no tratas de ofenderme.

—Te oiré con seriedad, prosigue.

—Traté de informarme por curiosidad cuántos pasajeros conducía el carruaje; se me dijo que un par de viejos y una joven que caminaba sola, y sola también se había alojado en un cuarto cuyo número se me indicó. Por la tarde crucé varias veces por delante de la puerta, y sólo pude distinguirla con un velo verde y una capota, sentada en el fondo del cuarto, cabizbaja y triste. Me retiré decidido á dormir para levantarme temprano y llegar á la quinta de mi tío. Eran las nueve cuando había formado esa resolución; pero el diablo sin duda me inspiró la idea de pasar por última vez delante del cuarto. No había luz ya: empujé la puerta y encontréla abierta: entré á tientas conteniendo la respiración, dando á pausa pequeños pasos. Oí una ligera respiración; el enagenamiento me dió valor...

¡Infeliz joven! suspiraba, lloraba, la ahogaban los sollozos... Hoy he encontrado á esa joven, la amo, y deseo por otra parte reparar mi falta y hacerla feliz. He aquí el motivo porque he desistido de la idea de casarme con Eleonora.

—¿Y quién es la tal joven?

—María Paquita, bailarina del teatro de Granada.

—Ta, ta, ta... esa sí es locura gorda, exclamó Miguel, empinándose un vaso de vino. Despreciar á una mujer hermosa, con

más de treinta mil duros de renta, por una miserable comediante, que sabe Dios cuál habrá sido su vida!..... ¿Y es posible que seas tan cándido, Fernando? Todas esas mujeres del mundo tienen una historia sentimental que contar; todas están en mala carrera por la perfidia de un seductor, ó la traición de un amante. Mentiras solemnes. Embustes que tienden como un anzuelo, para pescar á los crédulos ó imbéciles.

—Dejo correr tu lengua porque no tiene remedio; pero te advierto, que además de que yo estoy persuadido de la buena fe de esta muchacha, la amo, y con esto queda dicho todo.

—Allá arreglarás esas cuentas con tu padre. Cabalmente diviso un coche. Miguel se asomó al balcón y exclamó:..... justo..... él es.....

A poco rato un coche paró en la posada, y se apeó de él D. Saturnino Nemesio Garcés, padre de nuestro héroe.

VIII.

Era D. Nemesio Garcés un hombre como de cincuenta y cinco años, delgado, de cabeza cana, cutis rugado y rojo. Su carácter era agrio, y sus ideas estaban enteramente ajustadas al molde antiguo, de suer-

te que en el fondo del alma era un carlista hecho y derecho, aunque en lo aparente, había adoptado por cálculo y conveniencia la opinión del partido liberal. Apenas descendió del carruaje, cuando se arrojó á los brazos de su hijo con afectada jovialidad, y ambos subieron la escalera y entraron al cuarto, en cuya puerta quedó aguardándolos nuestro nuevo conocido Miguel.

—¿Os ha ido bien en el camino, padre mío?

—Regularmente. Lo único que sucedió fué, que creía ahogarme en fuerza de la violencia con que he andado.

—¿Y por qué tanta precipitación?

—Porque era forzoso llegar á tiempo de impedir una locura.

—Señor, tengo una deuda de honor que pagar.

—¡Chitón! no quiero oír referir esas historias que me tienen fastidiado. Todo lo sé.....

—Entonces cumpliré con los deberes de caballero.

—¡Lindo propósito! ¿Qué fuera de vds. los jóvenes, si se debieran casar con cuantas mujercuelas encontraran en sus orgías y locuras? ¡Graciosa cosa! El hombre se extravía por un momento; pero luego vuelve á la senda del honor. Hablemos claro: si tú te casaras con esa bailarina, era menester que te ausentaras de España; y

eso no lo podrías hacer, porque merced á tus buenas disposiciones no sabes ganar un centavo por tu cuenta.

¡Linda felicidad conyugal! Figúrate casado con una mujer sin educación, sin moral, sin nada, vamos. . . . y luego pobre y obligado á llevarla á los teatros, para que vendiendo su pudor á la vista licenciosa del público, mantuviera al ilustre cuanto imbecil marido. Conoces mi carácter, Fernando; sabes que no retrocedo, que tomaría una pistola y te volaría el cráneo antes que faltar al compromiso que hemos contraído con la condesa Eleonora. . . . Por una parte tienes una mujer virtuosa, noble, rica, que te proporcione mejor posición y amplias comodidades en el mundo; por otra la miseria, el aislamiento, el disgusto amargo que trae consigo el tener que vivir con una mujer de condición tan desigual; el anatema que arrojará la sociedad sobre tí, y lo que es más, la maldición y el enojo eterno de tu padre. En tu arbitrio está el escoger. Mañana debemos ir á concluir con la condesa el asunto del casamiento, y tienes cerca de 24 horas para pensar. Te dejo solo y me retiro á mi cuarto.

El viejo se salió, y Miguel, después de echar los últimos tragos de vino, salió también riéndose de lo que él llamaba tontería inaudita de Fernando.—Este, por su parte, cerró la puerta de su cuarto y se arrojó al lecho.

Al cabo de cinco horas que volvió en sí de este vértigo, de esta dolorosa soñolencia en que lo había sumergido la difícil posición en que se encontraba, se dirigió maquinalmente á la caja donde estaban sus pistolas. Entre la lucha del amor y del egoísmo, el diablo quería poner por arbitrio al suicidio.

—Perder para siempre, decía Fernando, á tan noble, tan hermosa y tan desgraciada criatura, abandonarla en su camino de lágrimas después de haber arrancado el velo á su virginidad. ¡Oh! jamás; iré esta misma noche, hablaré á María, la obligaré á huir, y abandonaremos á mi padre, á la condesa, á mi familia, á mi patria.

—¿Huir? ¡Condenación! ¿y con qué recursos cuento, cuando no tendría ni aun para pagar la diligencia?—Ella tendrá.—¡Ah! no, tampoco viviré á expensas de una huérfana, de una pobre, esto sería infame y vergonzoso.

Fernando entre tanto reconocía y volteaba de todos lados las pistolas.

Después quedaba sumergido en un éxtasis de avaricia, en que se encontraba dueño de relucientes carrozas, de soberbios castillos, de magníficas casas de campo, y amado por una mujer si no joven, sí bastante hermosa y llena de esos atractivos que fácilmente adivina la mente de un joven. Entonces juzgaba que María era una

muchacha falaz, que trataba de seducirlo con embustes y fingidas historias. Se figuraba escarnecido y desechado del círculo de esa sociedad en que había vivido, teniendo que subsistir á expensas del trabajo de su mujer, y abatido hasta el grado de consentir que sirviera de pasto y espectáculo á la lubricidad de los espectadores. La balanza se inclinaba por la condesa.

Pero luego, la voz angelica y persuasiva de María, aquella historia profundamente trágica y dolorosa de dieciseis años de orfandad, aquel acento tan cándido y tan puro de la criatura casta, aunque no virgen, en que le había exigido una reparación de caballero, venían á la presencia de Fernando. Veía sonreír la pequeña boca de María, veía nublarse sus negros ojos con el llanto, sentía los rizos de pelo flotante que pasaban rozando su frente, sentía el contacto eléctrico de una mano, oía repetir á este serafín las dulces palabras: Fernando mío, yo te amo, eres la única esperanza de mi vida. ¡Oh! Corría de un lado á otro, se reclinaba en el lecho, se ponía de nuevo en pie, los latidos del corazón lo ahogaban, y la calentura enardecía su frente.

La balanza estaba inclinada por María.

Luego venía el recuerdo del acento duro del padre, las palabras enérgicas y lacónicas, brotadas, por decirlo así, de un pecho de acero. La pobreza, la imposibilidad

de fugarse con María, el remordimiento de un crimen no reparado, las ilusiones de amor desvanecidas, el vasallaje humillante á una condesa orgullosa. . . . Aquí el diablo ganaba, y el suicidio dejaba á la balanza incierta.

Horrible, atroz, encarnizada lucha la que emprende el amor con las conveniencias sociales.

Asomó la luz, y Fernando aún permanecía con el enagenamiento é insomnio que hemos procurado describir. Abrió la ventana, y el aire fresco de la mañana calmó algún tanto la fiebre que devoraba su sangre. Se acostó en seguida y durmió dos horas, al cabo de las cuales se levantó un poco convulso, pálido, y con unas líneas moradas al derredor de los ojos.

La lucha había terminado. El egoísmo mató al amor, y Fernando se puso al tocador, mientras de que venía su padre, resuelto á casarse con Luisa Eleonora, condesa de Peña-Negra.

IX.

Mucha destreza y maña tuvo Eleonora para persuadir á su doncella Isabela, para que convidara é hiciese que María fuese á pasar á la quinta el día, la cual consintió sin dificultad, y antes bien tenía la esperanza de desahogar en el seno de su amiga,

los pesares amorosos que la agobiaban. Se dispusieron, por fin, las cosas de tal manera, que cuando llegó el general, la condesa, que había fingido salir, pero que en realidad permaneció oculta en las habitaciones lejanas de la quinta, le dijo con su amarga sonrisa:

—Bernardes, tenéis ya á vuestra víctima dispuesta; pero sabed que esto lo he hecho por vengarme, y no por obedeceros.

—Está bien, Eleonora, para mí todo es igual, repuso el general en tono irónico; y puesto que me habéis servido como yo os mandé, poco me importa el motivo.

La condesa iba á contestar el insulto, pero el general no le dió tiempo, pues volteándole la espalda se dirigió á la parte de la quinta que le había indicado la condesa.

—Por fin te volví á ver, niña hermosa, exclamó el general, introduciéndose en la cámara donde estaba María, y cerrando la puerta con llave.

—¡Señor general!! gritó asombrada la muchacha.

—Gracias á Dios que no me has olvidado.

—Era imposible, señor general, que olvidara al que tuvo compasión de mis lágrimas, y me socorrió en mi desventura. Pero ¿por qué habéis cerrado esa puerta? Isabel vendrá, y la señora condesa puede llegar á saber...

—No hay cuidado, María, nada nos interrumpirá, y en cuanto á la condesa, bastante ocupada está en el asunto de su boda, para que pueda ocuparse de nosotros.

—¡Se casa la condesa! interrumpió María.

—Y con D. Fernando Garcés nada menos.

María se puso pálida, hasta el grado de que sus hermosos labios de coral, quedaron blancos como la azucena.

—Te he dicho la verdad, María.

—Eso es falso, Fernando no puede casarse, contestó la joven con mucha agitación; vos me queréis engañar, vos queréis matarme, vos sois muy cruel, señor. D. Fernando es honrado, y tiene que devolver el honor á una mujer á quien se lo arrancó infamemente en medio de las tinieblas, en el silencio de la noche, como lo hace un cobarde, un traidor. Perdonadme, señor, si profiero estas palabras.

—Tienes razón: sé que te ha engañado, que te ha burlado, y que no tienes otro recurso sino olvidar á un miserable que no es digno de tu amor.

María reflexionó un momento, y con tono resuelto dijo al general:

—¿Habéis enviudado ya?

—No, María; pero te amo, te amo con esa pasión frenética de anciano que no conoce límites. Si hubiera enviudado, desde

la primera noche que te ví bailar, te habría hecho mi esposa.

—Pues entonces, señor general, dejadme ir con mi desesperación y mis martirios, como me dejásteis salir la otra vez de vuestra casa con mi orfandad y mis lágrimas.

—¿Abandonarte ahora, María? Eso es imposible. Te hablaré francamente. La vez que te ví en mi casa, eras un angel inocente, á quien no quise arrancar su único patrimonio, que era el candor y la pureza; hoy son otras las circunstancias, conoces ya el mundo, y ningún remordimiento me causará el obligarte á que seas mía, cuando lo has sido ya de otro infame que prefiere las riquezas y la avaricia á tu amor.

—Ese acento me espanta, señor general. Abrid la puerta, dejadme salir, matadme si queréis. ¡Oh! ¡piedal, piedad!

—La vez primera, María, me conmovieron esas dos palabras que acabas de pronunciar; pero hoy mis sensaciones son de amor, de delirio.... María.... María, es forzoso que me ames, es necesario que dulcifiques mi vida, es fuerza que calmes esta fiebre que quema mi alma, que rompa mis sienes, que destroza mi corazón.

Al decir esto, los ojos del general estaban ardientes, sus labios espumosos, su nariz hinchada, su respiración dolorosa y entrecortada.

María se armó de valor, y desencadenándose de los brazos del general, le dijo:

—Señor general, esos arrebatos os hacen aborrecible á mis ojos: calmaos por piedad, ú os juro que me mataréis, me hollaréis á los piés, antes que consentir una sola de esas caricias....

—¡Compasión, María, compasión! exclamó el general cayendo de rodillas, y asiéndose fuertemente de las manos de María.

María se retiraba, diciendo:—Soltadme, señor, soltadme.

El general arrastrándose de rodillas no cesaba de gritar:—¡Compasión, piedad!

Escena era esta que participaba de lo trágico y de lo cómico. Ridículo sería ver al general, anciano y valiente, arrastrándose, con el cabello blanco en desorden, los ojos centellantes y las manos crispadas ante una muchacha. Sublime sería contemplar á esta muchacha más hermosa, con los colores encendidos que la cólera hacía brotar en su rostro, rechazando heroicamente los halagos del amante.

Duró largo rato esta escena, hasta que el general colérico se levantó, y dijo á María:— Me obligas á ser cruel y brutal... la fuerza....

María corrió asustada al otro extremo del cuarto; el general la siguió. Ella se escabullía, se ocultaba tras de los muebles, lo-

raba, gritaba. no hubo remedio: el general la tomó entre sus brazos, y lo primero que hizo fué desgarrar la pelerina de seda que cubría su albo seno. . . . Retrocedió espantado, desencajó los ojos, abrió la boca, y un temblor sobrecogió todos sus miembros; después cayó de rodillas con las manos enclavijadas, exclamando con emoción:—Gracias, Dios mío, gracias; tu infinita bondad me ha evitado un crimen, y devuelto á mi hija.

María oía con asombro estas exclamaciones del general, y juzgaba que había perdido el juicio.

—Dime, María, repuso el general con una voz dulce, ¿eres huérfana?

—Ya lo he dicho, señor.

—¿Y cómo has adquirido este rosario de concha nácar, que llevas pendiente en tu cuello?

—Señor, la pobre mujer que me crió como á su hija, me lo dió cuando estaba próxima á morir, diciéndome que algún día podría yo saber merced á él quién era mi madre.

—Y has sufrido mucho en tu vida, ¿no es verdad, hija mía?

—Mucho, señor general, mucho, contestó María enjugando su llanto y cubriéndose el seno que aún tenía desnudo.

—Y dime, María, ¿me perdonarás la locura que acabo de hacer? Te quería ultra-

jar, te quería ofender; pero. . . no sabía lo que hacía, María. ¿Me perdonas?

—Señor.

—¿Y si yo quisiera adoptarte por hija? ¿Si mi frenesí se cambiara en un amor santo y puro? ¿Si te indemnizara con mis atenciones paternas, de tanta humillación, de tantos pesares como has sufrido tú, mi pobre niña?

—¡Ah! sois muy generoso, señor general: todo lo olvido por mi parte, y no veo ya sino al hombre leal y franco que no quiso mancillar mi inocencia.

—Pero sabes, María que. . . que. . . quiero abrazarte, porque ese rosario fué un regalo que yo hice á tu madre, porque. . . . perdóname, María.

—¡Señor! ¡Señor!

—¡Ah! Si vieras cuánto sufro, si vieras cómo temo que me aborrezcas. . .

—¿Sabeis quién es mi madre, señor? Decídmelo, decídmelo al momento para postrarme á sus pies, para bañar su rostro con mi llanto. ¡Ah! ¡Madre mía! ¡Madre mía!

—María. María. dijo el general sollozando, ¡tú eres mi hija! ¿Me quieres abrazar?

—¡Ah! Señor! Padre mío! exclamó María, arrojándose en brazos del anciano.

Los dos lloraron. ¡Dulces lágrimas las que se derraman en una ocasión semejante!

Mientras esto pasaba, Eleonora que había estado platicando con Fernando, procuró mañosamente indagar hasta qué punto llegaba el amor que éste profesaba á María. Fernando, disculpándose, dijo:—Que era un amor frívolo y sin consecuencias, nacido más bien de la compasión hacia una pobre huérfana, á quien sus padres abandonaron poco tiempo después de nacida.

La condesa, interesada vivamente, quiso saber todos los pormenores, y cuando Fernando le refirió que la única prenda que tenía la huérfana para ser conocida de sus padres, era un rosario de concha nácar, corrió desolada á la habitación donde estaban el general Bernaldes y María.

—¡Ah, general! ¿Qué habeis hecho? exclamó la condesa mirando á María sentada en las rodillas de Bernaldes.

—¿Qué he hecho, condesa? Encontrar á mi hija.

—¡Gracias, Dios mío! exclamó la condesa.

—Abraza y perdona á tu madre, María, dijo el general. Todos hemos sido desgraciados; pero este momento de felicidad sólo es comparable á los que se gozarán en los cielos.

María trató de arrodillarse á los pies de la condesa; pero ésta la levantó en sus brazos, la besó la frente, las mejillas, los ojos, lloraba, reía, estaba á punto de volverse loca.

—¡Ah! hija mía! ¡Hija mía! Tú me has vuelto la dicha y la paz de la vida. Tú has quitado de mi corazón un peso terrible que hacia dieciseis años que lo oprimía: tú eres el ángel del cielo que va á acompañarme en mi soledad. Vida mía, ¿olvidas que te abandoné recién nacida? ¿Olvidas que durante tu juventud no he sido tu madre? ¿Olvidas que por mí has sufrido el hambre, la vergüenza y la desnudez?

—Señora y madre mía: no me acuerdo sino de que os tengo entre mis brazos; que confundo mis lágrimas con las vuestras; que soy feliz en poder pronunciar ese nombre sublime y dulcísimo de madre.

Ahora, dijo el general, es menester pensar en la suerte de María. Haced que venga D. Fernando aquí, condesa. La condesa salió y regresó en breve, acompañada de Fernando.

--Señor Garcés, le dijo el general, vuestro amor y vuestros votos se ven hoy cumplidos. Aquí teneis á María: no es una mujer del pueblo; no es una bailarina; es la hija de un valiente soldado y de una noble señora.

—¿Cómo? explicadme.

—Es nuestra hija, Fernando, interrumpió la condesa, y si vos lo quereis, será vuestra esposa y llevará un noble apellido, y cien mil pesos de renta. ¿Qué decis?

—Que la admito por esposa, porque la

adoro, señora, y porque un caballero debe satisfacer lo que debe al honor. En cuanto al dote, lo renuncio: trabajaré para ella, pues ya tengo á quien dedicar mi existencia y mis pensamientos.

—Abandonad esas locuras, Fernando, interrumpió el general; la condesa y yo somos ricos, y todo, todo es para la felicidad de nuestra hija. Esta noche os casareis, y mañana partireis á Nápoles: dentro de pocos días, la condesa y yo nos reuniremos con vosotros, y en esa tierra de cielo azul, de brisas perfumadas, como la de Granada, pasaremos felices y tranquilos el resto de nuestra vida.

Con efecto, en la noche se casaron María y Fernando, y al día siguiente tomaron el camino de Nápoles. A los dos meses, la condesa de Peña-Negra y el general Bernaldes, se casaron también y partieron á reunirse con sus hijos.

Dios hizo desde entonces á toda la familia, la más feliz de la tierra.

Agosto de 1843.

AMOR SECRETO.
